

## **El dilema ser madre o ser mujer en la (dis)armonización de la vida laboral y la vida familiar**

Gamboa-Solís, Flor de María

F. Gamboa

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo  
florgamboa@yahoo.com.

M. Figueroa & M. Cayeros (eds.) Ciencias Estudios de Género. Handbook T-II. -©ECORFAN, Tepic, Nayarit, 2016.

## Resumen

Las mujeres-madres son vistas en las sociedades patriarcales como las responsables del bienestar familiar, y en contrapartida, culpables de todo lo malo que le aqueje a la familia. Para bien y para mal las que navegan el timón de la familia son prioritariamente las mujeres-madres. De ahí que su incursión y participación en el ámbito laboral sobre todo en las últimas decenas de años en nuestro país, haya estado acompañada por una serie de normas sociales y distorsiones que impiden una adecuada y eficaz inserción laboral femenina (Colinas, 2008). Aunado a lo anterior, las mujeres-madres se ven con mucha frecuencia obligadas a enfrentar la decisión entre la vida laboral o la vida familiar (Preciado, 2002) con lo cual, en mi opinión, se agudiza y resignifica la disyuntiva ser madre o ser mujer que atraviesa de manera estructural la subjetividad femenina y que se arraiga, psicoanalíticamente hablando, en el superyó femenino. De los visos que adquiere esta disyuntiva en los intentos de las mujeres por armonizar su vida laboral y su vida familiar, es de lo que hablaré en este texto. Lo haré tomando en cuenta material clínico que en mi capacidad como psicoanalista acopí en mi consultorio durante los últimos meses del año 2013.

## 12 Introducción

Una vía para abordar la (dis)armonización de la vida laboral y vida familiar de las mujeres es la disyuntiva ser madre o ser mujer. Una disyuntiva que aparece apalabrada de diferentes maneras en el discurso de muchas mujeres-madres que acuden a la consulta clínica, pero siempre cargada de autorecriminaciones y de culpa. En ese sentido es que se afirma que la disyuntiva se arraiga en el superyó femenino, recordando que el superyó, según Freud (1923) es la instancia psíquica que tiene tres funciones sustantivas: la conciencia moral, la formación de ideales y la autoobservación.

“No he sido una madre suficientemente amorosa”, “no he estado presente en todos los momentos importantes de la vida de mis hijas/os”, “no les he dedicado suficiente tiempo”, “me he ocupado mucho de mí misma”, “me ha importado más el trabajo y mi vida profesional”.

O bien:

“No tengo tiempo para mí misma porque los hijos son primero”, “quisiera salir a trabajar, tener mi propio dinero, pero ¿quién atendería a mis hijos? No quiero ser una mala madre”.

Estos son algunos de los reproches que en forma acusatoria se dirigen las mujeres-madres que trabajan fuera del hogar cuando su vida familiar se mete en aprietos y las mete en aprietos. Los analizaré desde la perspectiva psicoanalítico-feminista de Luce Irigaray (1993) con el propósito de mostrar que la (dis)armonización de la vida laboral y la vida familiar, entendida como una realidad social (Samaniego y Ochoa, 2009) que afecta primordialmente a las mujeres-madres, es el reflejo de una realidad psíquica (dis)armonizada por el dilema ser mujer o ser madre, que como ya se planteó anteriormente, es estructural de la subjetividad femenina. Dicho en otras palabras, lo que persigue este artículo es argumentar que la manera cómo la mujer-madre encara las tensiones y antagonismos entre su vida laboral y su vida familiar, está estrechamente ligada a la manera en cómo se han escrito en su historia individual las tensiones y antagonismos del dilema ser madre o ser mujer. Una vez expuesto lo que podríamos llamar carácter reversible entre ambos dilemas, me daré a la tarea, hacia la parte final del texto, de abonar en la crítica feminista hacia la división sexual del trabajo y la división de los espacios sociales fundada en un orden de género. Pues es en los contornos de esas divisiones forzadas e impuestas por la voluntad de dominio del Otro, donde brota la tinta que contribuye a trazar las brechas de desigualdad entre hombres y mujeres y con la que la subjetividad femenina puede moldear los dilemas que nos ocupan en este estudio.

## 12.1 El complot contra la vida laboral y la arquitectura de los dilemas

La imputación social e imaginaria hacia la madre por las rupturas o fracturas familiares, por los malestares y sufrimientos de los integrantes de una familia o por las amenazas a la ‘estabilidad’ familiar, ha sido una constante en la cultura patriarcal. Sin embargo, dicha imputación en el presente ha cobrado visos muy particulares al haber tomado a la vida laboral de las mujeres como el argumento mayúsculo y prácticamente incontrovertible de las problemáticas de la vida familiar. La vida laboral de las mujeres suele ser el lugar común al que se remiten las opiniones populares, familiares y las de la propia mujer cuando ésta tiene que explicarse los conflictos que se suscitan al interior de su familia.

Existe pues una especie de confabulación entre la opinión popular, el imaginario social y el propio sentir femenino que opera como una generalización cargada de (auto) recriminación que lejos de ser explicativa de problemáticas o crisis familiares y de cómo esas problemáticas se articulan o no con la vida laboral de la mujer-madre, las diluye. Como toda generalización, que opera con la lógica de la amalgama (Badinter, 2003), tiene efectos imaginarios muy poderosos que suelen ser decisivos en la manera cómo pensamos el papel de la mujer-madre y el de su vida laboral dentro de la vida familiar. Una parte del poder que adquiere, reside en que la problemática en cuestión ha sido primordialmente concebida en términos de un dilema o disyuntiva. Y como todo dilema, supone un problema de difícil solución debido a que ofrece dos alternativas contrarias, y por lo tanto, en apariencia, irreconciliables.

Esto trae consigo el desprendimiento de fuertes montos de ansiedad al involucrar una ‘elección’ que es al mismo tiempo una renuncia. Para encarar el dilema, e intentar disminuir la ansiedad, el sujeto se ve obligado a efectuar una renuncia y, simultáneamente, a asirse a la alternativa que le resulte más inteligible, esto es, más susceptible de reconocimiento (más ‘verdadera’) de acuerdo con las normas sociales vigentes (Butler, 2004). Siendo una de las más arraigadas todavía en nuestra sociedad, que las mujeres deben permanecer en el hogar cuidando de su familia.

## 12.2 El dilema aderezado de sacrificio

Analicemos ahora uno de los fragmentos: “no tengo tiempo para mí misma porque los hijos son primero”, “quisiera salir a trabajar, tener mi propio dinero, pero ¿quién atendería a mis hijos? No quiero ser una mala madre”.

La centralización del cuidado de los hijos en la propia persona, como una función exclusiva de la madre, no está exenta de sacrificio. Para no ser una mala madre, la mujer sacrifica algo de sí lo cual recae en la esfera de la vida laboral: trabajar, tener dinero propio. ¿Es que el permanecer en el hogar cuidando a la familia, compensa el sacrificio de los deseos y aspiraciones laborales?

Podría decir que no, que no hay compensación alguna sino en términos de lo que se gana sometándose a la norma social, por la que se perpetúa el estereotipo de género. Al renunciar a la vida laboral en favor de la vida familiar, se gana el afianzamiento del entendido que hacerlo erradicará el mal que podría cernirse sobre la familia, y al mismo tiempo, se preserva el ideal de la ‘buena’ mujer coagulado en la maternidad.

Lo laboral se sacrifica en favor de lo familiar, aunque como el psicoanálisis enseña, el hecho de la renuncia no significa que eso que se renuncia perezca sino que pasa a un estado de represión desde el cual intentará retornar a la conciencia del sujeto para ser reconocido e imponerse como (otra) norma, la norma particular.

Cuántas mujeres casadas y con hijas (os) se lamentan por el abandono aunque sea temporal de su vida laboral, por haber priorizado su labor como madres, cuando frente a una conflictiva familiar de la índole que sea, se percatan de que ese sacrificio no fue suficiente para evitar el estallido de aquella. Cuántas otras no dejan de vivir con fuertes dosis de culpabilidad la fidelidad a su deseo de continuar con un proyecto profesional remunerado a pesar de la familia o habiendo tenido que ponerla en ‘segundo plano’. Como si los diferentes intereses que alimentan la vida de las mujeres tuvieran que ser pensados en términos de jerarquías o de categorías de mayor a menor valía; de primeros y segundos órdenes entre los cuales habría que elegir, además de tener que establecerlos como lista de prioridades.

Así, el primer plano de la existencia de las mujeres, de acuerdo a la normal social vigente, debe ser ocupado siempre por la familia, en tanto el segundo, tercero y todos los demás que se quieran, darán cabida a todos los demás intereses, a los intereses considerados menores, a los menos interesantes pero además perniciosos, entre ellos, el que involucra la vida laboral.

### **12.3 La gestación del dilema y el superyó**

¿Cómo es que se estableció el dilema vida laboral-vida familiar para las mujeres?

Podríamos decir, desde una aproximación filosófica feminista (Amorós, 1994), que a partir de que el mundo fue dividido en espacios públicos y privados y de que se asignara cultural, política y económicamente estos últimos a las mujeres, muchos problemas de las mujeres (entre ellos los asociados a la vida del trabajo y de la familia) se expresan en forma de dilemas. Las mujeres que no se quieren mantener fijas y adheridas a la esfera privada o que no quieren pertenecer exclusivamente a ella, enfrentan las exigencias de un superyó punitivo que como veremos más adelante, tupe de recriminaciones con alcances sacrificiales, en algunas circunstancias, el horizonte de la vida laboral y familiar de las mujeres. Es decir, las mujeres que deciden exiliarse de la exclusividad de la esfera privada y, con ello, del marcaje persecutorio de todas las tareas, quehaceres, representaciones y sentimientos que le son tributarios, encaran muchos aspectos de su vida, incluso aquellos que podrían involucrar tareas simples y de naturaleza meramente práctica, como si fueran verdaderas hazañas. Aunque no suelen parecerse mucho a las que la historia recupera como tales tratándose de los quehaceres realizados por los hombres, obviamente. Las batallas que libran hombres y mujeres son pues diferentes (aunque con fuertes puntos de contacto, como las luchas contra los sistemas opresores), porque también son diferentes las problemáticas que los agobian y los dilemas que circunscriben sus existencias. Aunque en todas ellas, a nivel psíquico, es el superyó el encargado de vigilar que aquello que se agita en un dilema se resuelva a favor de lo que armoniza con las normas sociales vigentes en una sociedad determinada en un momento dado. El superyó es la conciencia moral vigilante del yo, y por su carácter punitivo, tiende hacia la disolución de todo aquello que intenta circunscribir la viabilidad y realización del deseo propio.

### **12.4 Entre la idealización de la maternidad y el sacrificio de la madre: la madre imaginaria**

“No he sido una madre suficientemente amorosa”, “no he estado presente en todos los momentos importantes de la vida de mis hijas/os”, “no les he dedicado suficiente tiempo”, “me he ocupado mucho de mí misma”, “me ha importado más el trabajo y mi vida profesional”.

¿Cuál es el fundamento que subyace a estas autorecriminationes?

Siguiendo la tematización de Irigaray (1993) sobre la existencia cultural de la madre en Occidente, el fundamento que sostiene la idea de que la mujer-madre es responsable por lo que ocurre con la familia, se remonta al sacrificio de la subjetividad materna y a los efectos de ese sacrificio en el significado que tiene para las mujeres su vida laboral.

Por sacrificio de la subjetividad materna hay que entender el rechazo primordial o abyección del cuerpo materno. Esto es, su falta de inscripción en el orden simbólico debido a que es un orden falocéntrico, estructurado por la necesidad de los hombres de desembarazarse del cuerpo materno en el proceso de subjetivación de su propio sexo. Sólo se puede acceder a la configuración de un yo sexuado en la medida en que la madre esté atravesada por el interdicto paterno que la obliga a no devorarse a sus hijos (as): “madre no reintegrarás tu producto” (Lacan, 1984).

Tanto las teorías psicoanalíticas como las psicológicas que versan sobre el desarrollo psíquico o evolutivo, abogan por esta ilusión (universalista) de no retorno al vientre materno como una metáfora que implica el no reconocimiento de un espacio intermediario entre la madre y la hija (o). Un espacio que deberá ser forzado a existir por un otro término, justo para evitar el uno (la fusión, la díada narcisista), y hacer el dos, siendo ese otro término, el padre. Así, la madre queda atada a la naturaleza y el padre a la cultura. Vieja dicotomía que hoy por mucho que hemos hecho las feministas por desmontarla seguimos padeciendo en las acciones de todos los días sus fundamentos i-lógicos.

En virtud de esa ilusión subida al pedestal de fundamento epistemológico, los pensamientos, las ideas, las contradicciones, en suma, la madre como ser pensante y corpóreo, es mandada a las tinieblas, a ocupar ese lugar donde se cubre de noche y de olvido. Se le sacrifica para que nazca la luz de la cultura.

No obstante, sabemos por la lectura psicoanalítica de la religión, que detrás de cada sacrificio o como su saldo, aparece la idealización. Cristo se sacrifica por los hombres para luego ser idealizado como Salvador del mundo, María sacrifica su deseo sexual para luego ser idealizada como Madre virginal. El caso de la madre no es excepción: la madre se sacrifica para luego ser idealizada como Estandarte de feminidad y desde esa condición pulverizar cualquier otra posibilidad de realización de la potencia femenina hacedora de cultura.

No puede la mujer a quien se le defina como femenina participar en la cultura más que en calidad de madre, lo cual, en sentido estricto, no es una participación, en tanto participar implica intervenir, tomar parte de, y la mujer-madre no lo hace respecto a la cultura, lo que hace es reproducirla. Esto en consonancia con una de las preguntas que se hace Irigaray (1993) en el marco de una presentación académica en torno a la relación imaginaria y simbólica con la madre: “¿qué ha sido de la mujer madre más allá de su papel social y material de reproductora de criaturas, de nodriza, de reproductora de fuerza de trabajo?” (p. 10).

Se trata de una pregunta que también nos encamina hacia la madre imaginaria, ya que uno de los destinos de esa mujer madre ‘transocial’, cuya subjetividad (su deseo) no ha sido elaborada simbólicamente para representar lo que no está de las mujeres consumido y subsumido en la maternidad, es precisamente el que habilita y habita la madre imaginaria. Es la madre de la que nos habla Lacan (1956-57) en su Seminario 4 cuando establece los diferentes momentos de la constitución de la relación de objeto y del complejo de Edipo.

Lacan (1956-57) plantea que la madre imaginaria es omnipotente porque tiene el poder de darle todo lo que necesita a su criatura para sobrevivir; tiene todo el poder (del falo) de hacer con esa criatura lo que ella quiera, porque no hay mayor poderío femenino que el que tiene la madre. La madre imaginaria es pues una efigie de lo todopoderoso que sólo es posible encontrar reiterado en los dioses, y al igual que ellos, tiene su propio Olimpo desde el cual le habla a la hija-mujer-madre.

Tomando en cuenta todo lo anterior, podríamos afirmar que la vida laboral de las mujeres al igual que otros ámbitos que las convocan a participar en ese mundo mucho más vasto que es la cultura, está cifrada en cierta inaccesibilidad. Es inaccesible a un conjunto de representaciones y valores positivos que emerjan desde la propia experiencia que las mujeres día a día tejen. Con todo y sus contradicciones y vaivenes, con todos y sus nudos ciegos. Por tratarse de una dimensión de la vida vinculada tanto al ámbito público como al mundo de la razón donde gobiernan los hombres y de donde las mujeres han sido históricamente excluidas, es muy difícil que las mujeres se puedan apropiarse de ella para vivirla sin estas asoladas por los efectos subjetivos de las formulaciones binarias a través de las cuales esa vida es puesta en oposición a la vida familiar y luego, como el costado más crispante del dilema. Es decir, se dificulta mucho pensar y legitimar la vida laboral de las mujeres fuera de la lógica del dilema la cual abreva de la lógica binaria cuyo fundamento es justamente la diferencia sexual.

Así, la vida laboral para las mujeres no se traduce en un componente constitutivo de la femineidad, de su ser mujer, porque no ha habido en el trayecto de ese hacerse mujer o en devenirla, los suministros genealógicos necesarios que sólo podrían, desde luego, provenir de la madre, de la primera mujer con la que la hija vuelta mujer y luego madre ella misma, tiene que identificarse.

Ante la obturación simbólica de la subjetividad materna, la única madre que queda disponible para pesquisar pautas sobre lo femenino, en los que se incluiría aquellos involucrados en la vida laboral, es la madre imaginaria. Y como la madre imaginaria es totalitaria, radical, absoluta y absolutista, una auténtica dictadora, sus pautas no se traducen en acordes de una melodía descifrable e inteligible sino en modulaciones de voces feroces que mandatan y someten a las mujeres al único ideal femenino reconocible y viable para el patriarcado que es el ideal de la maternidad. En función de este ideal femenino transmitido a través de la madre imaginaria y refrendado comúnmente por la madre simbólica, se fracturan las coordenadas para imaginar que la vida laboral también es vía de realización del deseo femenino y no uno de sus enemigos más acérrimos.

### **12.5 Fragmentos narrativos del superyó femenino. Malestares del dilema**

“Ser mujer o ser madre” (frase conclusiva de la sesión de una mujer-madre en la medianía de su vida). Primero habrá de notarse la disyunción signada por la ‘o’. Como toda disyunción supone la abdicación de una de sus proposiciones a favor de la otra y es la marca lingüística del dilema. La disyunción alude al erguimiento de una encrucijada que se fabrica desde la imposición de una perspectiva (del Otro) de aquello que se considera como adecuado y moralmente bueno para las mujeres en oposición a lo que se considera inadecuado y moralmente malo para ellas. De lado de lo bueno y adecuado podría ubicarse, siguiendo la estela de la norma social vigente en la cultura falocéntrica, “ser madre”, “cuidar a mis hijos” y “atender a mi familia”, y del lado de lo malo e inadecuado: “ser mujer”, “tener éxito profesional” y “producir económicamente”.

No obstante, hay algunas particularidades en esa afirmación que no se pueden ceñir totalmente al dualismo opositivo. Por ejemplo, muestra dos recursos de la femineidad, como los denomina la psicoanalista argentina Marité Colovini (2008), que no se pueden pensar como buenos o malos, adecuados o inadecuados, sino como dos alternativas para la conformación de la identidad femenina. Aunque el primero, “ser mujer” no sería estrictamente hablando un recurso ya que la mujer no existe como significante de la femineidad en tanto, como ya se comentó anteriormente, la subjetividad materna no está representada en el orden simbólico. Lo que en cambio sí ha sido establecido por el psicoanálisis como recursos de la femineidad alternos a la maternidad, son la mascarada o semblante, la histeria y el amor (Colovini, ob.cit).

Todos éstos tienen en común la puesta en marcha de un deseo que la mujer intenta sostener apostándole a su belleza, a su astucia, inteligencia, y en suma, a otras cualidades o aptitudes humanas que se presumen extranjeras a la esfera de la maternidad, y por las cuales poder adquirir otro tipo de reconocimiento del otro.

Sin embargo, todos estos otros recursos para intentar llenar el ‘ser mujer’ siguen siendo tan problemáticos como la maternidad pues son definidos también a partir de la visión varonil.

Respecto a la maternidad: “para el varón, la mujer existe como madre. O mejor dicho, por la incidencia edípica del objeto primordial, la que existe es la madre y no la mujer” (Colovini, ob. Cit., p. 80).

Y esto es justamente lo que se revela en el fragmento que estamos analizando: la existencia inexistente de la mujer para un hombre pero en un sentido mucho más amplio, o sea, para la cultura de los hombres. Pero ¿qué tiene que ver esto con el dilema vida laboral y vida familiar de las mujeres?

Si consideramos que el ser mujer es tan abarcador como diverso para cada mujer y que no se puede reducir a la maternidad, y por otro lado, que la vida laboral sería una vía de realización del deseo femenino que no está capturado en el ser madre, entonces el malestar que el dilema genera, radica en esa bifurcación oposicional de la feminidad, la cual, en virtud de la idealización de la maternidad, siempre es referida en relación con ésta, sea como su negativo o su opuesto.

Constituyendo la referencia de la feminidad, la maternidad designa el lugar del que emana la mirada pero sin poder ser captada como objeto de mirada. Se trata de un dilema impuesto.

Ahora bien, el carácter superyoico de esta afirmación radica en el peso que le imprime a la mujer el pensar-se una u otra cosa para garantizar su existencia. Le impone ser únicamente a partir de esas dos categorías, que su existencia gire en torno a ellas, dejando relegado su tener: tener una vida laboral y también una vida familiar. ¿Por qué no?

## 12.6 Conclusiones

La armonización de la vida familiar y la vida laboral para las mujeres es en sí mismo un objetivo condenado a cierta imposibilidad de cumplimiento, en tanto las mujeres no puedan acceder a validaciones positivas de sus deseos más allá de la esfera de la maternidad. Pero sobre todo, mientras siga ausente la voz de las mujeres en tanto que son madres.

Es fundamental que la subjetividad materna adquiera visibilización y presencia simbólica en todos los espacios culturales, medios electrónicos, revistas, redes sociales pues de ello depende que las mujeres puedan empezar a visualizar una existencia más libre, menos sometida a dilemas inagotables y en la que sus experiencias cuenten mucho para la transformación de las condiciones sociales a favor de una mayor igualdad y de una menor desarmonía y tensión.

## 12.7 Referencias

Amorós, Celia (1994). *Feminismo, igualdad y diferencia*. México: UNAM, PUEG.

Badinter, E. (2003). *Hombres, mujeres. Cómo salir del camino equivocado*. México, D.F: Fondo de Cultura Económica.

Butler, Judith (2004). *Deshacer el género*. Buenos Aires: Paidós.

Colovini, Marité (2008). *Lo femenino en la clínica*. Rosario: Laborde Editor.

Freud, S. (1923). “El yo y el ello”, vol. 19 en *Obras Completas de Sigmund Freud*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

Gerez, Martha (1993). *Las voces del superyó. En la clínica psicoanalítica y en el malestar en la cultura*. Buenos Aires: Manantial.

Lacan, Jacques (1956-57). *El Seminario. Libro IV. La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós.\_\_\_\_\_. (1984). “El atolondradicho”, en *Escansión I*. Buenos Aires: Paidós

Irigaray, Luce (1993). *Sexes and genealogies*. Trad. Gillian C. Gill. New York: Columbia University Press, 1987.

Preciado Cortes, Florentina (2002). “El tiempo y el espacio de las académicas”, *La Ventana*, núm. 24, Universidad de Guadalajara, pp. 151-174.

Samaniego, S. y Ochoa, K. (2009). *Armonización entre los ámbitos laboral y familiar en México. Documento informativo y propositivo para la LXI Legislatura*. Centro de estudios para el adelanto de las mujeres y la equidad de género. México, D.F.